

Prefacio

Se suele decir que Centroamérica se encuentra en una encrucijada. Lograda la paz, está ahora en juego el desarrollo. Apaciguadas las armas, se trata de cambiar las estructuras tan desiguales que forzaron a los pueblos a tomar las armas, diez años atrás. El desafío es doblemente grande. No solamente se trata de invertir el rumbo de la historia para recuperar esta "década perdida" de los años ochenta, sino que deben ser erradicadas las causas que provocaron el estallido de la crisis. En más de un sentido, las condiciones que dieron origen a la crisis empeoraron. Las desigualdades sociales, la injusticia, la miseria, las arcaicas estructuras de poder fueron algunas de las causas de la crisis que abarcó a toda Centroamérica. Diez años después, se amplió la brecha social, y por ende hay más miseria en la región. Se registra una mejoría solamente en el plano político, con la instalación de regímenes democráticos. No obstante, con la excepción de Costa Rica, son, según la expresión de Edelberto Torres-Rivas, "democracias de baja intensidad", y uno debe preguntarse ¿hasta cuándo un diferente maquillaje en la superestructura política podrá compensar la desastrosa situación de los pueblos?

Este número de Tracce no pretende aportar una respuesta a esta pregunta tan trascendental; presenta, eso sí, distintos enfoques del fenómeno de crisis.

Parte de la premisa ampliamente aceptada según la cual el proceso de paz de Esquipulas II constituye un momento histórico para la región. En este sentido, Francisco Barahona y Oriel Soto nos comentan los últimos avances logrados por el proceso de paz.

Gracias a Esquipulas II, y con la derrota de los sandinistas en las elecciones del 25 de febrero de 1990, la región parece haber encontrado una salida política a la crisis. Pero ¿qué significa el hecho de que, como se mencionó, han empeorado las condiciones que dieron origen a la misma?

Para José Miguel Rodríguez, significa que continúa la crisis. En la medida en que ningún problema ha sido resuelto, las democratizaciones podrían haber sido meramente coyunturales, cuando lo que se necesitaría es más justicia social, porque sin ésta "no hay ni paz ni democracia".

Para Edelberto Torres-Rivas, significa que terminó la crisis pero que permanecen sus efectos. Con la caída de Somoza en 1979 y el inicio de la recuperación económica en 1985, la región superó la crisis tanto política como económica. Lo que se hace sentir ahora son las consecuencias dramáticas de la crisis; este autor analiza aspectos, a menudo ignorados, tales como la "trivialización del horror" o la "sociedad de la quinta parte".

Al final, todo depende de lo que se entienda por crisis. Si se considera que hubo una crisis política correspondiendo a la lenta erosión de la legitimidad de los regímenes autoritarios en los años setenta, ésta parece ahora solucionada. Si se considera que hubo una crisis económica en los años ochenta, también se puede vislumbrar una lenta recuperación a partir de 1985. Sin embargo, al tratar de resolver de manera radical la crisis política de los años setenta, la revolución sandinista abrió una nueva crisis de carácter regional. Al aportar soluciones diferentes a los problemas comunes de la región, los sandinistas ponían en práctica una alternativa que chocaba con las normas políticas vigentes en la región y que, a la postre, podía, por efectos de demostración, afectar la legitimidad de los otros regímenes. Por esta razón, el proceso de Esquipulas II se fijó como objetivo la "democratización" de Nicaragua, lo que significaba volver a la norma regional, y en este sentido el 25 de febrero de 1990 esta crisis también terminó. Pero por fin si se considera que hay una crisis estructural en Centroamérica, a causa de una profunda brecha social y de una tradición autoritaria, es cierto que continúa esta crisis.

Tal vez una manera de acercar los dos enfoques —¿continúa o terminó la crisis?— sería analizar la crisis como un fenómeno que tiene su lógica propia. Una vez desencadenada, a raíz de un evento o de una coyuntura propicia, esta crisis produce sus efectos inducidos que se desligan de las causas estructurales que provocaron su estallido. Desarrollándose los mecanismos internos a la crisis, se puede pues optar por una salida que pone fin a sus efectos sin modificar los desequilibrios estructurales que posibilitaron el paso de una coyuntura determinada a una crisis.

En este marco se pueden ubicar las otras contribuciones de este número de Trace.

Olivier Dabène analiza cómo los gobiernos de la región se aprovecharon de la crisis para regionalizar sus problemas domésticos y afianzar la legitimidad de los regímenes.

Gabriel Aguilera estudia el papel de las fuerzas armadas en la democratización de Guatemala. En este país, la democratización no ha significado una reversión de la influencia política del ejército. Es más, con la creación de los comités de autodefensa civil la sociedad se encuentra hoy más militarizada que nunca, y esto es una consecuencia clara de la crisis.

Para finalizar, Luz Marina Vanegas aporta valiosas precisiones sobre el sistema político interamericano, y en particular sobre el concepto de intervención. Esta última contribución sugiere una reflexión final en forma de pregunta. Al destacar las reconciliaciones internas, a diferencia del proceso de Contadora que subrayaba las relaciones entre Estados, ¿no podría el proceso de Esquipulas II ser considerado como una intervención? Intervención en los asuntos internos de un país que quiso ser diferente, ya que Nicaragua es el único país donde se firmó la reconciliación nacional y ahora las cumbres presidenciales han abandonado el campo político para dedicarse a la recuperación económica.

Olivier Dabène